Al margen

CICLÓN Tomeo. En el Théâtre National de la Colline que en París dirige el genial argentino Jorge Lavelli completaban ayer las cinco semanas de representaciones del "Monstre aimé" que, sobre la traducción francesa del "Amado monstruo" de nuestro convecino Javier Tomeo realizada por Denise Laroutis, es adaptación teatral debida a Joëlle Gras, Jacques Nichet y Jean-Jacques Préau, además –la dificultad no es para menos– de Charles Berling y Jean-Marc Bory, los dos actores del encarnizado diálogo. La pieza, digo, que anteriormente representaran con éxito en el teatro rosellonés Des Treize Vents. Y mientras una traducción más de "El castillo de la carta cifrada", ahora en los Estados Unidos, significa que la obra narrativa del escritor aragonés –apreciada ya en Alemania y lo demás de Europa– cruza también el charco (Brasil en su próxima singlatura).

Sin perder el ritmo de "Los reyes del huerto", el singular herbario que viene dispensando en "ABC", de nuestro escritor se ocupa ahora la crítica ante dos breves y no menos significativos libros, ambos con el cuño madrileño de Mondadori: "Bestiario" e "Historias mínimas". Y ya viene pidiendo vez otra obra nueva, breve e incisiva, atenazante como todas las suyas: "La ciudad de las palomas" (Anagrama). Atenazante, pues los seguidores de Javier Tomeo ya adivinan que no de ciudad precisamente pacífica se trate, si con el calificativo no se quiere aludir a la paz de los cementerios.

Porque esas palomas del enterizo y solitario –o si queréis misántropo– fabulador aragonés, no son más compasivas y muelles que las aludidas por la barcelonesa Carmen Kurtz en su insuperable y galardonado "Cándidas palomas", y con quien casan a maravilla es con "Los pájaros" del también atenazante Hitchcok. Menos pugnaces, mansas incluso, pero tanto o más insistentes, imperturbables, opresivas. En bandadas más y más densas, apretando el cerco, en torno al único humano subsistente en la ciudad muerta de pronto y sin saberse cómo ni por qué. Palomas que a los ojos del solitario (indiferentes al principio, atónitos y aterrados después) pueden ser victimarias o meras víctimas para este Jacob en lucha por el ángel. Disparatado sueño de razón, y soledad.

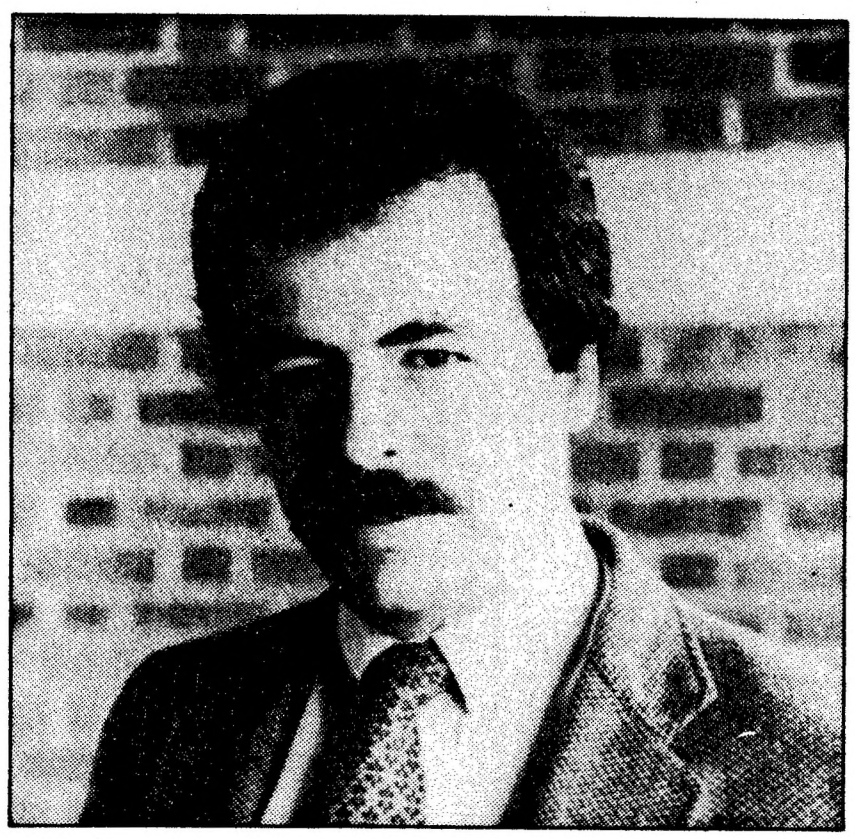
MASOLIVER

Vidas mediocres vividas a medias

Richard Russo es uno de los escritores norteamericanos que se han dado a conocer en los años 80. Asumiendo eclécticamente diversas tendencias modernas, su obra "Mohawk" significa una aproximación, desde posiciones realistas, a la cotidianidad de la sociedad estadounidense

Richard Russo
"Mohawk"
411 páginas
Euler Editorial
Madrid, 1988

"Mohawk"
356 páginas
Columna Ediciones
Barcelona, 1988



Richard Russo viene a demostrar con esta su novela, de 67 capítulos y dos partes, el desarrollo de una ciudad imaginaria del Estado de Nueva York; un libro que propone una reducción del macrocosmos social al microcosmos concreto de una población. Se puede hablar, pues, de "Mohawk" como de una "ciudad-metáfora"

EULER y Columna Edicions han dado a conocer en castellano y catalán, respectivamente, la novela "Mohawk", escrita en 1986 por el autor norteamericano Richard Russo. La obra, que consta de 67 capítulos y dos partes, viene a mostrar el desarrollo de una ciudad imaginaria –cuyo nombre da título al libro–, del estado de Nueva York. La trama argumental describe un círculo perfecto, ya que comienza y finaliza en el bar "Mohawk Grill" después de haber mantenido mayoritariamente un tono caracterizado por lo que podríamos denominar una apatía inquietante. De hecho, el libro nos propone una reducción del macrocosmos social al microcosmos concreto de una población. Por este motivo, podemos hablar de "Mohawk" como de una "ciudad-metáfora" que representa el pulso cotidiano de la vida de un colectivo humano en el paso a la crisis de los años 70.

Lentamente, el "objetivo" cinematográfico del narrador nos introduce al tejido de los personajes que denotan y connotan a la vez una arquitectura común y una historia colectiva: "Mohawk". Ahora bien, el hecho de que no todos tengan la misma importancia hace que distingamos tres grupos de caracteres. En primer lugar, aquéllos cuyas existencias podremos conocer y seguir directamente. Mather Grouse y su esposa, su hija Anne –separada de Dallas– y su nieto Randall. La hermana de la señora Grouse, Milly, cuya hija, Diana, está casada con el inválido Dan. Completan este cuadro el hermano fallecido de Dallas, David, y su esposa viuda Lorain. De las relaciones y acciones de estos personajes dependen los objetivos de la obra. No sucede así con un segundo grupo que, no obstante, cumple una función importante en la ambientación de la obra. Se trata de los desdibujados pero eficaces protagonistas que se mueven en torno al "Mohawk Grill": Bill, Harry, Rory Gaffney y otros procuran a menudo interesantes contrapuntos psicológicos. Por último, se puede advertir la existencia de una personaje anónimo pero constante, como los coros de las clásicas tragedias griegas.

Hablamos del conjunto colectivo de "Mohawk", expresado a través de los medios de comunicación de masas. Como consecuencia de esta red de relaciones múltiples, llegamos a un punto de vista narrativo basado en la yuxtaposición de actos paralelos y escenas de intersección. Quizá por ello, el ritmo argumental transcurre lento hasta el final, donde varios hechos concatenados parecen querer precipitar una acción que, no obstante, retornará en última instancia a la sensación tediosa que empapa toda la obra.

Temáticamente, "Mohawk" es la novela de la mediocridad, una metáfora del poder absorbente

Temáticamente, "Mohawk" es la novela de la mediocridad. Todos los seres que habitan aquella ciudad se ven inmersos en una forma de vida asfixiante, cuyo condicionante primordial lo constituye la economía, la obtención de dinero para sobrevivir. A partir de aquí, la ciudad crece ante nuestros ojos como un monstruo que no deja escapar a nadie. Todo acaba y empieza allí, porque "Mohawk" significa, en un segundo plano, una metáfora del poder absorbente y alienante del medio social, la tragicomedia de una ciudad sin solución feliz. De ahí, la latencia inquietante de algo que nunca se define globalmente, pero que la sentimos a través del seguimiento de sus protagonistas: un estado de destrucción que acecha en todo momento. Es más, la propia "Mohawk" está ya condenada a muerte debido a los desechos de sus fábricas, los cuales la han convertido en el lugar con un mayor índice de fallecimientos por cáncer. Definitivamente, la tecnología no puede resolver los problemas de unos seres que se mueven mecánicamente; aún más, crea contradicciones como la que expresa el canceroso Anadio: "Nos han matado, pero no somos capaces de admitirlo". Esta aceptación resignada queda tensada por la extrapolación Grouse/Gaffney. Efectivamente, Grouse representa la única conciencia lúcida en aquel medio empobrecedor y vulgar. Por ello, su inteligencia y honestidad devienen trágicas ante la imposibilidad del cambio, pues, al fin y al cabo, el origen del mal se encuentra en el propio interior humano: "No soy diferente. Ni la belleza, ni la inocencia, ni la mejor de las intenciones pueden cambiar lo que siempre ha existido". Esto es, lo que simboliza Gaffney y la gente del bar: "Aquella era una hermandad indigna basada en la ignorancia, la autosatisfacción, el miedo y la promiscuidad. Uno para todos y todos para uno. Si se enfrentaba con Rory Gaffney, tendría que encararse con todos ellos, porque Rory Gaffney era todos ellos". La voluntad del hombre libre claudica ante el "todo" social y el imperio de la mediocridad. Después, sólo queda el escepticismo y la soledad.

La crónica de fin de siglo

Desde una perspectiva cualitativa, se tendría que relativizar buena parte de la enorme producción novelística norteamericana de los últimos 30 años. Igualmente, la baraja –en la mayoría de casos banal y gratuita– de términos que pretenden fundar corrientes literarias –como el del improvisado e impresentable "Dirty Realism"– viene a complicar las cosas. Esto ha sucedido con el concepto de "minimalismo" que, entre la falta de rigor definitorio inicial más un abusivo uso, ha perdido eficacia significativa. Lo indudable es que después del "posmodernismo" de los años 60 y 70, asistimos al nacimiento en los 80 de una nueva narrativa. Pese a la disparidad de líneas e intereses, se podría hablar de un eclecticismo técnico que no cree ya en experimentaciones y un giro hacia las convenciones realistas.

A partir de aquí, las orientaciones son bien diversas, aunque destacan un par. En primer lugar, aquella que, presidida por un "light urbano", nos presentan personajes de última moda que se extasían ante el neón, la compra con tarjeta, el triunfo de los "yuppies" y los ordenadores. "Luces de neón", de McInerney, o la cinematografía de Alan Rudolf son dos ejemplos de esta levedad comercial del ser. La segunda profundiza las convenciones del realismo decimonónico para ofrecer un cuadro de la psicología y las costumbres de la civilización resultante de la revolución cibernética. En ella, el "light" da paso a preocupaciones tan actuales como las relaciones entre hombre y objeto, la homosexualidad y las enfermedades fatales –como sucede en D. Leavitt– o la mediocridad social y la soledad individual en Richard Russo. En el primero, la mirada se dirige hacia la lírica psicológica de Henry James y George Sand; Russo, en cambio, tiende más al retablo de la sociedad y su condicionante económico –Balzac– y al descubrimiento de los resortes mecánicos del determinismo social como en el naturalismo de Zola.

Lo nuevo es la sociedad descrita y el ahorro de recursos. El resultado: el intento de realizar una crónica social de fin de siglo en la que aparezca la constitución de la civilización occidental: postindustrial y caótica, tecnológica y relativista, comunicacional pero no comunicativa, víctima de enfermedades mortales y una inmensa mediocridad. "Mohawk" representa un paradigma de ello, aunque en ocasiones la calidad se contagie de la misma mediocridad descrita –estas desigualdades las detectamos también en Leavitt o en el último cine de Woody Allen–. Y es que resulta difícil hablar de una sociedad mediocre con brillantez, es más, encontrar obras estéticamente bien acabadas y con contenidos firmes. Como pequeños oasis, van apareciendo algunas raras y bellas excepciones como la inteligencia y literaria cinematografía de Jim Jarmusch o la espléndida película de Patricia Rozema "He oído cantar a las sirenas" –título deudor de un verso de Eliot– que nos retornan, ahora sí, al frescor del talento creativo con un absoluto sentido de la calidad y la modernidad. Fecundos caminos que nos conducen, citando una frase contenida en este filme, más allá de las vidas mediocres vividas a medias.

VICENÇ LLORCA

Letras sobre las letras

Jeunesse se passe, l'Histoire aussi

"El 25 de junio de 1914, el estornino de André Gide tuvo diarrea. El escritor, inquieto, tomó nota del color, olor, consistencia." Así comienza la primera novela –novelón, pues bordea las 500 páginas– de un Jean Guerreschi que es un monstruo a la hora de anotar: que el preocupado Gide tenía 45 años, 43 el calculador Proust, 39 el siempre amoroso Rilke, el irrespetuoso Apollinaire 34, un inflamado Kafka 31, 25 el pintor Hitler. Y así sucesivamente, con exactitud documental en Munich, Sarayevo o Lisboa como por su París en lo que va del mencionado 25 de junio al 27 de julio siguiente, la zarabanda de contadas semanas que bastan para asesinar a un archiduque, traer a mal traer al kaiser y al zar, Briand o Poincaré, desatar una guerra mundial... Para que el nuevo novelista pueda reconocer su deuda para con noventa autores y solicitar la indulgencia de los personajes de novela que ha obligado a estar presentes en esta "Montée en première ligne" (Julliard) que para el 19 de julio apunta, stendhalianamente, cómo

Franz Kafka

los gatos de Gide dieron, aquella mañana, buena cuenta del estornino.

Para soliviantar a los infiernos

No con otra finalidad nacía el verdadero poeta, según anunció el verdaderamente grande y turbador poeta Arthur Rimbaud, y nos recuerda Ana María Moix en el extenso y brillante ensayo que antepone al breve relato "Silvie", de Gérard de Nerval (Destino), por ella traducido y anotado. Función soliviantadora, desde el rompetodo Byron la cumplían ya aquellos poetas románticos que, al no establecer la diferencia entre arte y vida y al intentar cambiar de estética intentaban cambiar la vida, se aplicaron a demostrar que el olmo, debidamente cultivado, puede dar peras. Y más el propio Rimbaud, con su pasmoso gesto de bajar a los infiernos para pasar allá una temporada en la intención de soliviantarlos: de entrar por esa puerta –"lasciate ogni speranza..."–, aún a sabiendas de que se trata de una puerta de salida.

Entrada en la experiencia poética para tantos escritores jóvenes, "¿es posible –comenta Ana María Moix– que en esos años de iniciación llegue el ensoberbecido espíritu juvenil a creerse apto y llamado para permancer en los infiernos, soliviantándolos, durante toda la eternidad?". Cuando lo cierto es que pronto saldrá, "para iniciar un largo camino hecho de careos con las sombras que aguardaban nuestra aparición, agazapadas detrás de la puerta, y que nos seguirán, ya de por vida, desde el momento en que salgamos". Sombras de espíritus románticos, vengativas, en un acecho que es de persecución y lucha, de odio y amor a un tiempo, de esterilidad incluso. "Y también de amenaza desestabilizadora –prosigue nuestra escritora– cuando intentan demostrar que somos nosotros los perseguidos". Feliz persecución, advierte Ana María, pues el escritor que no la sufriera está destinado "a olvidar, y por tanto a perder, el fulgor de la juventud y a no hallar nunca el divino punto de mira desde donde contemplar el mundo en la edad clásica de los años de madurez". Un riesgo del que quedarían a salvo –aun en los no pocos casos de locura, suicidio o muerte en guerra– con Nerval, Baudelaire, Byron o Hölderlin, Leopardi y Poe, Mayakovski o los surrealistas (y por supuesto el Alain-Fournier de "Le Grand Meaulnes", o nuestro Julián Ayesta con su imborrable "Helena o el mar de verano").

Alemania, "alla russa"

O desventajas de la escritura fonética.

Pasaron ya los tiempos en que la literatura rusa nos llegaba por traducción indirecta, desde el francés, el alemán o el italiano; ahora tenemos bastantes y expertos rusistas como para contar con traducciones de un género relativamente nuevo en aquel gran país cual es la novela de intriga o de serie negra.

Pero la contra es la de los nombres propios rusos, cuando de la escritura cirílica en que el autor los trascribe hay que ponerlos en la nuestra. Díganselo al traductor de "Variatre española, 1938" del soviético Yulian Semionov, que inaugura con ese título la colección Etiqueta Secreta de Ediciones Júcar.

Ahí, si pese a la equivocada grafía poco cuesta entender a quí lugares o cosas de erlín aluden la Willgemstrasse, Fridrichstrasse, Printz Albertstr, Hunter den Linder, Wanhza, Tempelhov, o el "Berliner Tsayt", o aberraciones chistosas como "Hair Hitler" o "abber" y "Partahgenosse", cuesta acostumbrarse a Keln, por Colonia, a Nahuen (¿será Nauheim?) y no digamos a Hess (Rudolf) o los generales Kesselhring y Rijhgofen o, puetos en Inglaterra, una Anglo-Germani Revue o el bueno de lord Redsdeyl.

Mientras llega el péndulo ése

En adelante, viene a decir en "La República" Natalia Aspesi, los autores más intelectuales ya no podrán envanecerse de que sus inmortales criaturas se editan a mil ejemplares, pues no son más los lectores aptos; ni los editores seguir largando bestsellers contando con la simpleza del público, que ahí está el catedrático, el sabio semiólogo Umberto Eco acertando por segunda vez en el favor del público, con su novela "Il pendolo di Foucault" que va ya por los 3 millones, las cien traducciones, el más estrepitoso renombre internacional. Y aquí las envidias, los ataques, los desplantes, el augurarle una caída en picado... cuando se atreva con la tercera novela. A lo que nuestra colega apunta con garbo: "Ma siccome Eco è un gran signore, simpatico e per bene, adesso ricco oltre che solto, sornionamente non ha mai risposto a nessuno: trafiggendoli tutti un'altra volta, non apparendo mai ella televisione a parlare di sé o mostrandisi in pubblico solo per parlare dei libri degli altri e mai del suo. Uno che conosce lo buone maniere, un vero divo, beffardo".